

El contenido de esta obra es una contribución del autor al repositorio digital de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, por tanto el autor tiene exclusiva responsabilidad sobre el mismo y no necesariamente refleja los puntos de vista de la UASB.
Este trabajo se almacena bajo una licencia de distribución no exclusiva otorgada por el autor al repositorio, y con licencia Creative Commons – Reconocimiento de créditos-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 Internacional



Los derechos y sus garantías Ensayos críticos

Ramiro Ávila Santamaría

2012

De invisibles a sujetos de derechos: una interpretación desde *El principito*

A mi Nina, mi Manuela y mi María Eugenia

I. Introducción

Tres hechos marcaron mi entrada al mundo de los derechos humanos: el descubrir la cruel realidad en la que viven los presos sin sentencia cuando trabajé en el Consultorio Jurídico Gratuito de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE) de la Calle Ambato (cuando estudiante); el involucrarme en el caso conocido como “Putumayo”, que trataba sobre once quichuas campesinos detenidos arbitrariamente, torturados y acusados de ser guerrilleros (cuando estaba recién graduado), y el trabajar en Defensa de los Niños Internacional en un proyecto de atención interdisciplinaria en casos de abuso sexual y maltrato (1993, en mis primeros años de ejercicio profesional).

Esta última experiencia contribuyó a desarrollar teóricamente un discurso relacionado con lo que se denominó como *doctrina de la protección integral*, que se desprendía de la Convención de los Derechos de los Niños, y que sustentaba el recientemente aprobado Código de la Niñez y Adolescencia. Esa doctrina la oponíamos a la *doctrina de la situación irregular*, que –decíamos– debía ser superada tanto en la teoría y en el sistema jurídico, como en la práctica.

Ese discurso repetido insistentemente en múltiples espacios, y en algún momento incluso en alguna clase sobre derechos de los niños en la

Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), se publicó en la *Revista Ruptura*, en el año 1995, bajo el título de “Derechos de los niños/as: de la situación irregular a la protección integral”. Sin duda no era el mejor ensayo ni el más elaborado sobre el tema escrito en la región, pero sistematizaba lo que había leído al momento y lo que se decía por parte de nuestro equipo de trabajo.

Algunos años más tarde (2002), en un Congreso regional sobre maltrato infantil, volví a tratar el tema pero con una variación: el protagonista era *el principito*. Coincidió que cuando me invitaron a dar la charla estaba leyendo este libro y se me ocurrió asociar las doctrinas mencionadas con la historia de “el principito y el zorro”. El cuento y la asociación, de ahí en adelante, la volví a repetir en mis clases de Teoría General de los Derechos Humanos en la Universidad Andina Simón Bolívar e hice algún esbozo sobre su aplicación en un texto básico y no satisfactorio que lo publicó el Consejo de la Niñez y Adolescencia.¹

Después de haber vivido muchas experiencias y haber leído muchos libros, para sacarme ese clavo de no haberlo escrito antes. Ahora intentaré plasmar mis interpretaciones a esa historia de “el principito y el zorro”. Seguro será muy diferente a cómo lo interpreté la primera vez y espero que sea útil, como ha sido aleccionador y divertido exponerlo en clases.

La estructura de este ensayo está dividida en tres partes. La primera será una breve introducción (un resumen) sobre quién es el principito; en una segunda parte se abordará la clásica interpretación de la relación entre el principito y el zorro, dividida en tres secciones: invisible, objeto y sujeto. El relato siempre ha tenido una explicación de las relaciones interpersonales, que podría aplicarse para toda relación de poder (adulto-niño, hombre-mujer, patrono-obrero...) y creo que podría también ser útil para explicar relaciones entre ciudadano y estado, y eso intentaremos a lo largo del texto. Finalmente, una tercera parte que rescatará del principito lo que podría considerarse “el adultocentrismo”.

1 Ávila Santamaría, Ramiro. *Módulos de capacitación*. Quito, Consejo Nacional de la Niñez y Adolescencia, 2008.

II. El principito

El principito, un ser completamente extraordinario, que miraba gravemente, con una vocesita extraña y que siempre que pregunta espera una respuesta, vivía en un planeta en alguna parte del universo, que no era más grande que una casa (el asteroide B 612). Su mundo era casi perfecto. Tenía placeres que se podían multiplicar, como ver un atardecer varias veces durante el día con solo mover una silla hacia delante (hasta cuarentaitrés veces); tenía responsabilidades, y por tanto era importante, como limpiar su planeta de las semillas que llegaban y que podían ser de baobabs, sacar la ceniza de sus volcanes para que no exploten y cuidar de su rosa caprichosa y hermosa al mismo tiempo. Pero había algo que no tenía y que le era necesario: un amigo.

Un día, aprovechando la migración de pájaros silvestres, salió en su búsqueda. Quien le dio el empujoncito para salir de su planeta fue, precisamente, quien menos pensó. La rosa, que siempre decía que tenía que ser cuidada del viento y de los animales, le enseñó que hay que hacer las cosas que se deciden. ¿Y el viento? Le preguntó el principito. Me encantará sentir la brisa, soy una rosa. ¿Pero los animales? No importa –siguió la rosa– si son orugas me encantará ver mariposas y si son animales más grandes, tengo las espinas que son mis garras. Y el principito se fue.

Tenía que llegar a algún lugar en donde encontrar amigos, y visitó siete planetas para instruirse. Conoció un planeta donde había un rey que necesitaba súbditos pero que sabía mandar razonablemente; otro planeta donde había un vanidoso que requería admiradores y que solo sabía oír alabanzas; pasó por otro planeta donde había un bebedor que tenía vergüenza de todo; el cuarto planeta era habitado por un hombre de negocios que tenía millones de millones de estrellas que no sabían que tenían dueño; en el quinto planeta había un farolero que tenía el oficio terrible de apagar y encender faroles; en el sexto planeta habitaba un anciano geógrafo que registraba océanos, ríos, montañas pero que no los conocía porque no era explorador. Cargado ya de nostalgia y un poco cansado de conocer adultos que solo viven para sí mismos, salvo el farolero, preguntó al geógrafo por un lugar que valga la pena visitar. “El planeta Tierra –le respondió el geógrafo– tiene buena reputación”. Y el principito, pensando en su flor, partió hacia la Tierra, el séptimo planeta.

En la Tierra hay miles y a veces millones de reyes, vanidosos, bebedores, faroleros, geógrafos y posiblemente amigos. Llegó a la Tierra con tan mala suerte que cayó en un desierto de África. El primer ser que encontró fue la enigmática serpiente, delgada como un dedo y más poderosa que un dedo de rey, a quien confesó que se sentía solo y que buscaba seres humanos, y esta afirmó que entre seres humanos también se pueden sentir solos. La serpiente será el último ser que encontrará en la Tierra. Luego, encontró una flor que alguna vez había visto seres humanos a lo lejos en una caravana y que no sabía dónde encontrarlos. Subió a una montaña, que repetía todo lo que gritaba y que le parecía poco original. Caminó y caminó por arenas, rocas y nieves. Encontró un huerto lleno de rosas, todas parecidas a su rosa, y se dio cuenta de que aunque parecida a su rosa, todas eran diferentes. Se tendió sobre la hierba y lloró.² Fue *entonces cuando apareció el zorro...*³

III. El zorro y el principito: las relaciones de poder

3.1. Invisibles

–Buenos días –dijo el zorro.

–Buenos días –respondió con cortesía el principito, volviéndose pero sin ver nada.

Así comienza el capítulo XXI, que trata la historia del principito con el zorro. Antes del saludo, el principito era invisible para el zorro. Existían pero no trascendían. No había relación. Sin el saludo, el zorro

2 Mientras escribo, pienso que no tiene mucho sentido resumir el libro y peor desentrañar el mensaje del pasaje entre el zorro y el principito. Creo que lo único que se logra es arruinar la historia y, sobre todo, dar una interpretación que puede ocultar o impedir que salgan a flote otras lecturas. A mí me ha pasado que cada vez que leo *El principito*, algún mensaje nuevo y diferente puedo extraer. Ofrezco disculpas por los cortes, siempre bruscos, a la historia y siempre queda el derecho de tomar el libro *in comento* y disfrutarlo.

3 En adelante todas las citas sobre *El principito*, que serán transcritas textualmente en cursivas, son extraídas de Antoine de Saint-Exupéry. *El Principito-Le Petit Prince*. Trad. Joëlle Eyhéramonno. Madrid, Enrique Sainz Editores S.A., 1994.

seguramente hubiera dejado de ser un personaje del libro. Cuesta reconocer, pero inevitablemente esta es la regla en las relaciones humanas. Solo imagínese usted, apenas sale de su casa u oficina, cuántas personas encuentra por su camino, que manejan los autos, que cruzan la calle, que dirigen el tránsito, que manejan bicicleta, que entran a restaurantes, que salen de almacenes, que toman bus... No sabemos quiénes son ni nos importa. Nadie toma la iniciativa y hasta parecería que no hace falta. Alguien de ellos o ellas morirá en pocos minutos, sabrá que tiene cáncer en pocos meses, se convertirá en padre, encontrará el amor de su vida, le entregarán el premio al mejor trabajador, se graduará del colegio, recibirá su primer sueldo, tendrá el financiamiento para comprar su casa, decidirá estudiar en el extranjero, pensará que el perro es su mejor amigo, comparará a su esposa con su madre, estará satisfecho consigo mismo, escogerá la mejor forma de suicidarse... Somos invisibles para ellos y ellos son invisibles para nosotros, su vida no importa y la nuestra a ellos tampoco.

La historia está llena de personajes, la mayoría de ellos invisibles. Se dice que Philippe Ariès,⁴ para reconstruir la historia de la infancia tuvo grandes problemas al no encontrar recuento por parte de los historiadores tradicionales.⁵ Recurrió, entonces, a otras fuentes, entre ellas la Biblia y la pintura. En la primera se puede constatar que simplemente los niños y niñas no aparecen, y cuando lo hacen están en situaciones extremas: son personajes elegidos o divinos. Lo triste es que los elegidos aparecen en situaciones que hoy consideraríamos graves violaciones a los derechos humanos y hasta delitos contra la humanidad. Piénsese, por ejemplo, en José que fuera vendido por sus hermanos, en Moisés abandonado en el río Nilo en una canasta, en Abraham que iba a matar a su hijo Isaac en sacrificio de fe en la cima de una montaña, en la masacre de los inocentes⁶ para

4 Véase Ariès, Philippe. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid, Editorial Taurus, 1987.

5 Véase sobre una bien documentada y sintética reconstrucción de la historia de la infancia, que incluye el desarrollo de los derechos de los niños y niñas en el derecho internacional, Simon, Farith. *Derechos de la niñez y adolescencia: la Convención sobre los Derechos del Niño a las legislaciones integrales*, t. I. Quito, Editora Jurídica Cevallos, 2008, pp. 31-47.

6 La masacre de inocentes, al igual que todos los tratos crueles a los niños, no tienen en la Biblia un rechazo moral por parte de quienes escriben el texto, simplemente porque era normal o no era censurable vender, maltratar, abandonar o matar niños y niñas. Un relato particularmente sensible sobre lo que podría haber sido esa masacre, lo encontramos en Saramago, José. *El evangelio según Jesucristo*. Madrid, Alfaguara, 1991.

evitar que nazca Cristo y el Niño Dios. De este último, para confirmar la invisibilidad, se sabe apenas el nacimiento y una escena con los sabios de la ley, a los doce años, del resto de su vida nada. En la pintura, los niños no aparecen porque simplemente no son tomados en cuenta. Cuando aparecen, lo hacen como si fuesen adultos chiquitos, como ángeles y ya bien entrada la modernidad comienzan a ser retratados. Esto refleja que en la historia fueron invisibles. Lo mismo de la invisibilidad se puede predicar de las otras diversidades. La historia tradicional siempre se ocupó de las personas que tienen poder y lo ejercen, como presidentes, monarcas, reyes, incas, faraones, que eran no casualmente hombres y ricos. Construir la historia desde la perspectiva de las personas sin poder y diversas, sigue siendo una tarea pendiente.⁷

Pero también hay invisibilidades estructurales, que son muy preocupantes, y que tienen que ver con sociedades como las nuestras que producen y perennizan situaciones de exclusión social y económica, derivada de niveles extremos de desigualdad. En palabras de Vilhena:

[...] la invisibilidad aquí significa que el sufrimiento humano de ciertos segmentos de la sociedad no causa una reacción moral o política en los más beneficiados y no dispara una respuesta legal en los funcionarios estatales. La pérdida de vidas humanas o la ofensa a la dignidad de los pobres, si bien se informa y se reconoce extensamente, es invisible en el sentido de que no da lugar a una reacción política o jurídica ni estimula un cambio social.⁸

Pasemos revista, muy brevemente, a dos cifras, que suelen esconder el rostro y que no describen el dolor humano de seres que están atrás de cada número 6 800 niños y niñas mueren cada año en Ecuador, “cifra

7 El primer libro que leí sobre ese esfuerzo de construir la historia desde quienes están en situación de vulnerabilidad o de víctimas de genocidios y etnocidios, fue de Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*; y otro libro maravilloso que reconstruye la historia desde los indígenas, los obreros, las mujeres y otros personajes invisibilizados es Howard Zinn, *People History of United States*. También es interesante la serie en cuatro tomos denominada *A history of women*, editada por Pauline Schmitt. Ese esfuerzo también puede verse, a escala nacional, en *Nueva Historia del Ecuador* de Enrique Ayala Mora y *Las Mujeres en la independencia* de Jenny Londoño.

8 Vilhena Vieira, Oscar. “Desigualdad y Estado de Derecho”. *Sur Revista Internacional de derechos humanos* (São Paulo) 6.4 (2007): 42-43.

comparable con las víctimas de huracanes y terremotos”,⁹ cada año mueren 140 000 personas por homicidios en Latinoamérica,¹⁰ la mayoría de estos son jóvenes y además pobres. Estas vidas perdidas no han generado ningún tipo de responsabilidad, si uno compara el número de condenados por homicidio y el número de muertes sucedidas. Este panorama es más dramático si consideramos la violencia ejercida por el estado contra las personas, por medio de mecanismos como las ejecuciones extrajudiciales, las desapariciones, la tortura y demás graves violaciones de los derechos humanos,¹¹ que han arrojado cifras alarmantes, como 200 000 muertes en Guatemala o 75 000 muertes en Perú. La misma invisibilidad se puede percibir en cuanto a la naturaleza como ser vivo; por ejemplo, los árboles se convierten en pies cúbicos de madera y las raíces se vuelven invisibles al carecer de utilidad económica.¹²

En términos institucionales podríamos afirmar que existe total impunidad por parte del estado ante esas muertes, y en términos personales esas cifras y esa realidad no despierta nuestra capacidad de compasión y solidaridad. Es decir, tanto para el estado como para las personas esas vidas no tienen valor alguno, son invisibles.

Algunos, como el zorro, se hacen notar, a veces de manera amable y otras desagradable, saludan, ceden el puesto, pitan, casi atropellan aun cuando uno va por el paso cebra, insultan, extienden la mano para cobrar el peaje, piden licencia, venden baratijas en las esquinas de las calles, dan la hora, informan cuando se les pregunta, cometen infracciones penales... Sin embargo, siguen siendo invisibles. En la historia, nuestros protagonistas no se permitieron, al menos por unos momentos, seguir su camino.

Con el zorro la relación comienza, y este hecho no es poca cosa. Como veremos, el principito tiene de inicio la ventaja de tener apariencia humana y el zorro, al ser un animal, es perseguido por cazadores. A pesar de esa

9 Unicef. “Ecuador–Panorama general”. Internet. <http://www.unicef.org/ecuador/overview.html>. Acceso: 23 abril 2010.

10 Carrión, Fernando. “La violencia latinoamericana”. Internet. http://www.flasco.org.ec/docs/ftc_violencialatino.pdf. Acceso: 23 abril 2010. Las cifras corresponden al BID, al año 2001.

11 Véase Zaffaroni, Eugenio Raúl. *Muertes anunciadas*, 1993.

12 Gudynas, Eduardo. *El mandato ecológico. Derechos de la Naturaleza y políticas ambientales en la nueva Constitución*. Quito, Abya-Yala, 2009, p. 68.

situación dispareja, el zorro llama la atención al posible cazador. Cuando uno mira, ligeramente, la historia de los derechos humanos y las grandes conquistas sociales por mejores condiciones de vida, uno puede sacar una constatación: quienes tienen poder no ceden de buena gana y por su propia iniciativa, y quienes se hacen escuchar son aquellas personas que se encuentran en situación de vulnerabilidad. Ejemplifiquemos con algunos hitos históricos. En la Revolución francesa, la aristocracia tenía el poder político y tuvo que ceder frente a la presión de la burguesía ilustrada, vulnerables políticamente al momento, que promovió la caída de la monarquía y el sometimiento del poder a las leyes diseñadas por la clase política emergente. En las reformas sociales de la primera mitad del siglo pasado, los empresarios y los dueños de los medios de producción ceden ante la lucha por mejores condiciones laborales de los obreros, que manifestaron su voz por medio de huelgas y protestas. En los EE. UU., el poder hegemónico de los *blancos* sobre los afrodescendientes, que habían instaurado prácticamente un régimen de *apartheid* en el que los espacios públicos estaban claramente marcados y diferenciados en detrimento de los segundos, el movimiento de derechos civiles se hizo escuchar mediante manifestaciones pacíficas. Algo parecido sucedió en la India, con el movimiento liderado por Gandhi ante el poder dominante inglés, que monopolizaba la sal, la industria textil y el control político, por medio de manifestaciones pacíficas los hindúes lograron no solo ser escuchados, sino hasta su independencia.¹³ Las mujeres, por su lado, también se hicieron escuchar acercándose a votar, matriculándose en universidades, demandando judicialmente, huyendo de sus casas, reclamando espacios que eran reservados solo para los hombres.¹⁴ En Ecuador, por citar un ejemplo, los indígenas son quienes levantan la voz para ser escuchados y hacer notar sus injustas condiciones de vida.¹⁵

Por su parte, el *buenos días* del principito es la típica respuesta que se dice inconsciente y monótonamente. Contesta sin decir nada. Recuerdo

13 Véase Collins, Larry y Dominique Lapierre. *Esta noche la libertad*.

14 Sobre las reivindicaciones del feminismo, véase Ávila Santamaría, Ramiro, Judith Salgado y Lola Valladares. *El género en el derecho: ensayos críticos*.

15 En 1991, los indígenas se tomaron pacíficamente algunas iglesias de Quito y, por primera vez en nuestra historia, se logran sentar en una mesa con el Presidente de la República.

un cuento en el que el niño escuchaba el llamado de un libro y tiene la tentación de no escuchar o contestar sin significar: “No era cosa de hacer lo mismo que los mayores, con sus irritantes “sí, claro”, esa frase que solía querer decir “ni te oigo”.¹⁶

El zorro toma la iniciativa, como lo hicieron los burgueses, los obreros, campesinos, los afrodescendientes, los colonizados, las mujeres, los indígenas, los niños y las niñas.

—Estoy aquí, bajo el manzano —dijo la voz.

El zorro es un animal que come gallinas y que huye de los seres humanos porque, al comer lo mismo, son cazados. En la cabeza del principito no hay representación del zorro, no tiene categorías para verlo, es invisible, no existe; en la del zorro, en cambio, el principito es un ser humano que puede matarlo. En estas relaciones, como en cualquier otra, existen contextos que ayudan a entender las dinámicas sociales. El principito es un ser, con apariencia humana desde la mirada del zorro, que aburrido de su vida en su planeta siente la necesidad de tener amigos, no conoce en su vida nada más que tres volcanes, una rosa, algunos adultos egoístas y una serpiente, está triste y hasta acaba de llorar pocos minutos antes del encuentro. Hay, en suma, una relación de poder. El zorro está en desventaja y también tiene más de una razón para tener miedo.

El manzano es un elemento importante en este momento de la construcción de la relación. Si el zorro y el principito estuviesen en igualdad de condiciones, el zorro no se hubiere escondido tras el árbol. El manzano es un mecanismo de defensa ante la posible amenaza de un humano cazador. El manzano, además, impide que el otro lo vea aunque lo puede escuchar.

El manzano es el miedo, el anonimato, el elemento que esconde la identidad pero que no impide el reclamo de atención. No es casual que muchas mujeres, ante el rechazo de los hombres, tuvieran que escribir con seudónimos para poder ser leídas sin censura. Este fue el caso de Amandine Aurore Lucie Dupin, escritora francesa que escribió bajo el

16 Moure, Gonzalo. *El oso que leía niños*. Madrid, Ediciones S.M, 2000, p. 47.

seudónimo de George Sand, que le haría famosa.¹⁷ Tampoco es casual que, ante un empresario o una empresa, las personas tengan que asociarse con otras para poder reclamar, sabiendo que si salen del manzano pueden ser despedidas. Cuando los medios de comunicación no recogen la voz de algunos grupos, aparecen *grafitti* en las paredes con mensajes que no difunden los periódicos ni los noticieros. El chisme y hasta el chiste también suele ser un mecanismo parecido al manzano para expresar descontento.¹⁸ Sin el manzano, muchas veces no habría forma de expresarse. El manzano es, pues, el panfleto o libro sin firma o con seudónimo, el comité de huelga, el grafito, el chisme y el chiste, y mil formas más que buscan medios de expresión que, de otra manera, sería anulada o no sería emitida.

Como no se conocen el principito y el zorro, conviene tomar precauciones. Lo importante es ser escuchado. Después de la primera escucha pueden presentarse tres escenarios: continúa siendo invisible, establecen una relación y le consideran un objeto o le tratan como sujeto.

3.2. Objeto

—¿Quién eres? —dijo el principito—. Eres muy bonito...

—Soy un zorro —dijo el zorro.

—Ven a jugar conmigo —le propuso el principito—, ¡estoy tan triste!

El principito hace una pregunta que puede tener una respuesta muy simple, si se trata solo de identificarse, o harto compleja si lo que está buscando es la esencia de un ser. Al parecer, por los comentarios del principito y por su invitación, no le interesaba realmente la respuesta. Algo así nos sucede cuando nos encontramos con un conocido y le preguntamos “cómo estás” y la respuesta es “bien”, aunque la verdad es que no nos

17 Montero, Rosa. “George Sand, La plenitud”. *Historia de mujeres*. Madrid, Santillana Ediciones, 2007, pp. 152-153.

18 James Scott le llama a esta forma de resistencia *hidden transcript*, por oposición al *public transcript*. El primero se manifiesta por medio de miradas, susurros, chismes, gestos y otras formas que no son fáciles de comprender para la cultura dominante, que domina el espacio público y las formas convencionales de comunicación. Véase Scott, James. *Domination and the arts of resistance*. New Haven, Yale University Press, 1990, p. 18.

interesa saber cómo está ni tampoco a la otra persona le interesaría saber que nos encontramos en la más terrible depresión.

Sorprende el calificativo que sigue a la pregunta y el hecho de que el principito se permita decir que el zorro es muy lindo. En esta línea encontramos algo que ya nos sospechábamos al inicio y que justifica el hecho de que el zorro se esconda detrás del manzano: el principito tiene poder. La calificación a otra persona, y por supuesto a un objeto, es una de las manifestaciones del ejercicio del poder. Por el contrario, quien no ejerce poder no cree tener el derecho de calificar. Piénsese, por ejemplo, en la relación entre un jefe y un subordinado; el primero puede decir que el trabajo del segundo es desastroso e inútil y casi nunca al contrario. En mis clases de género y derecho, reiteradamente las estudiantes solían contar que cuando van a los juzgados, los servidores judiciales suelen decirles “doctorita”, “bonita”, “princesa”, y que ellas no se atrevían ni se les ocurría decirles lo equivalente. En una sociedad patriarcal como la nuestra, es común que los hombres se permitan “vacilar” a cualquier mujer que pase por la calle, y esto sin importar el estrato social. En las relaciones entre adultos, niños y niñas, los primeros, padres o profesores, no solo que solemos adjetivar el comportamiento de nuestros hijos o hijas, alumnos o alumnas, sino hasta podemos calificar la conducta y el comportamiento: tres puntos menos, cero en conducta, parado frente a la pared, expulsado de la clase, perdido el año... Nunca sucede lo contrario. Alzar la voz a la mamá es una falta muy grave y al profesor puede significar la expulsión del aula o cero en conducta. Obviamente, en nuestro cuento, al igual que la mujer que camina en la calle o visita un juzgado o el niño en el aula, el zorro en momento alguno se permite calificar al principito.

Sin embargo, lo importante de este momento es que el zorro ya no solo es escuchado, sino también visibilizado. El zorro lo mira, sale del manzano y permite ser mirado. Solo que la mirada del principito no es la mejor ni la más adecuada.

La respuesta del zorro puede ser desconcertante:

“Soy un zorro”. Podría sonar, a primera vista, una respuesta tautológica, soy yo mismo, soy mi esencia, o como el mismo Jehová contestó a Moisés “soy el que soy”.¹⁹

19 Éxodo, 3:14.

La verdad es que esta respuesta sí es tautológica, si contestaba soy dios, que quizá hubiese sonado poco humilde, lo hacía en términos equivalentes a nuestro zorro. Le dice, en pocas palabras, que no es un niño, que es diferente, que, como dicen algunos, “nada que ver” con el principito. Pero el principito no escucha.

El principito tiene una necesidad y un plan, quiere dejar de estar triste y quiere jugar. No le importa que el zorro no sea un niño ni que sepa qué es lo que hace un niño. Estamos en este segundo momento de las relaciones interpersonales, el principito trata como objeto al zorro.

En este punto creo que conviene tener una definición operativa sobre el poder, consciente de que es un concepto complejo y que puede tener muchas acepciones. Al poder lo entenderemos como la capacidad de incidir en las decisiones de otras personas. Si una persona toma, sin consideración alguna, completamente la decisión por otra, tiene poder total sobre ese ser. Si una persona tiene la capacidad para tomar decisiones por sí misma, está “empoderada”.

El principito ejerce poder sobre el zorro y toma una decisión sin consultar, y lo hace de una forma imperativa, que es la forma de emitir una orden y ejercer el poder: “Ven a jugar conmigo”. No espera oposición ni respuesta. Solo quiere que se haga lo que él necesita. El principito quiere imponer su voluntad y es, en pocas palabras, autoritario. El querer, la necesidad, la esencia del zorro no cuenta para nada.

Como si dar la orden no fuera poco, el principito además intenta, para asegurar su voluntad, despertar compasión en el zorro y le dice que está tan triste. Es decir, el principito utiliza una de las formas más sutiles para objetivar al otro: manipula. Quiere lograr su voluntad enfatizando en la necesidad unilateral de una de las partes. En las relaciones interpersonales es tan común encontrar estos recursos que usa el principito; por ejemplo, para evitar una ruptura sentimental o para conseguir alguna conducta de la otra parte, una persona dice a la otra que no podría vivir sin ella, que se va a matar, que se va a deprimir, que la vida pierde sentido, que va a dejar de comer (esto me dicen mis hijas), que se va a enojar (esto, en cambio, digo yo a mis hijas cuando no comen). Somos manipuladores por excelencia y usamos este recurso más frecuentemente

de lo que nos imaginamos. En el trabajo, pido a la otra persona que haga la tarea que me corresponde porque estoy cansado, no tengo ánimo, me duele la muela, no tengo tiempo, tengo otra cosa más importante que hacer... en suma, impongo mi necesidad y mi justificación sin esperar respuesta.

A nivel estatal y en los espacios públicos suele suceder algo parecido. El gobierno hace un ajuste estructural o toma una medida económica drástica, y pide comprensión y sacrificio si es que estas afectan a la canasta básica.

Otra forma de llegar al mismo resultado, y no pongo mucho énfasis en esta forma, es por intermedio de la fórmula kantiana de la dignidad: nadie puede ser un medio para cumplir los fines de otros.²⁰ En el caso que analizamos, el principito impone sus fines y utiliza al zorro como un medio. Al tratar como un mero medio al zorro, le está privando de ser un fin en sí mismo, luego el principito atenta contra la dignidad del zorro.

El cuento nos describe, en dos líneas, los mecanismos más usuales para objetivar a otra persona: ordenar y manipular. Las órdenes pueden ser acompañadas de la fuerza y la manipulación de la amenaza. Pero hay un extremo que quiero mencionar en la objetivación de otra persona, que Oscar Vilhena lo denomina “demonizar”, que nos lleva otra vez a la relación entre estado con la persona en términos estructurales.

La demonización es un proceso por el cual la sociedad hace una deconstrucción de la imagen humana de sus enemigos, que en adelante no merecerían estar incluidos dentro del reino de la ley... se volvieron parte de las “clases torturables”. Cualquier intento por eliminar o por infligir un daño a los demonizados queda legitimado socialmente, y legalmente inmune.²¹

Si los pobres, o los más débiles o los que están socialmente en situación de vulnerabilidad, en las cifras o en la impunidad son invisibilizados, ahora

20 Sobre el contexto, la descripción y la aplicación del concepto de dignidad puede consultarse en este libro, el artículo denominado “Derechos de la naturaleza: fundamentos”. También, la fuente original, Kant, Immanuel. “The doctrine of virtue”. *Metaphysics of morals*, citado por Steiner, Henry y Philip Alston. *International Human Rights in context, Law Politics and Morals*. Oxford University Press, 2ª. ed., 2000, pp. 261-263.

21 Oscar Vilhena Vieira, *op. cit.*, p. 44.

en cambio son vistos y considerados, en peores formas. Estos son perseguidos y hasta muertos, son funcionales para calmar la sed de seguridad ciudadana y contra ellos se declara una guerra contra la delincuencia.²²

Otra forma cruel de objetivar es por medio de la explotación laboral. Ecuador, según reportes de la OIT²³ tiene 779 000 niños y niñas trabajadoras (21 por ciento del total de niños y niñas), de estos, el 80 por ciento está dentro de las peores formas de trabajo infantil (algunos trabajan más de 30 horas, en horarios nocturnos y no asisten a la escuela). Sin duda, esta mano de obra es más barata y quizá hasta más ágil. Los niños y niñas tienen como fin desarrollar al máximo sus libertades y derechos; las empresas tienen como fin obtener mayores ganancias a menor costo. Las empresas ejercen poder sobre los niños y niñas trabajadores que tienen que hacer labores prohibidas por la ley aún contra su voluntad; desde la perspectiva de la dignidad, los niños y niñas trabajadores son medios para cumplir los fines de las empresas, y sus propios fines son irrelevantes. Es decir, los niños y niñas son visibles pero son tratados como objetos.

3.3. Sujetos: el proceso de construcción

—No puedo jugar contigo —dijo el zorro—. No estoy domesticado.²⁴
—¡Ah, perdón! —dijo el principito.

Si el zorro optaba por jugar con *el principito*, aún sin saber cómo, definitivamente el principito consolidaría su poder. Pero el zorro dice algo que no muchas personas podemos expresar: no. El zorro es sujeto, tiene

22 Zaffaroni, Eugenio Raúl. “The right to life and Latin American Systems”. Internet. www.jstor.org/stable. Acceso: 23 abril 2010.

23 OIT. “Ficha país Ecuador, situación y avances sobre el trabajo infantil”. Internet. <http://white.oit.org.pe/ipecl/documentos/fichaecuador.pdf>. Acceso: 23 abril 2010.

24 No hay que confundir la acepción de “domesticar” dada por Paulo Freire, por medio de la cual uno se apropia como objeto del otro, y este responde a mis necesidades y “ordenar”. Domesticar, como se hace con un animal de casa, significa hacer dócil al otro para que pueda ser fácilmente manipulado. La concepción de domesticar en *El principito* tiene una relación diametralmente opuesta, se trata, en cambio, de construir una relación entre sujetos. Quizá sea una cuestión de traducción. En la versión original, francesa, se utiliza la palabra *apprivoiser*.

finés propios y no quiere ser manipulado. Dos letras, un monosílabo, puede ser tan difícil de decir y pueden poner límites a la voluntad del otro. Cuando trabajaba con niños y niñas abusadas sexualmente, uno de los aprendizajes más lentos pero decisivos para evitar la reiteración del abuso o del maltrato físico, era el poder decir “no”, “no más”, “ya basta”. El “no” puede ser más significativo que la fuerza física, es como un escudo, como una señal de alarma, como un muro de contención. ¿Qué hubiese sido del zorro si este era mascota de un ser humano? Seguro estaría jugando con el principito, movería la colita, lamería la cara del niño, se haría el muertito, se revolcaría, le daría la patita y el principito quizá diría que el mejor amigo del ser humano es el zorro, no se sentiría solo ni triste. El zorro, en otras palabras, le dice que no es un niño y que, por tanto, no sabe jugar.

El “no” puede expresarse también con hechos. Algunos niños y niñas se fugan de sus colegios, se escapan de sus casas, denuncian a los adultos que deben cuidarlos, se deprimen, se esconden, se enferman, se molestan. A veces, tan insensibles somos los adultos, que no sabemos leer adecuadamente esos “no” de los niños y niñas, y persistimos en la conducta *objetivante*, manipuladora o *demonizadora*.

El zorro no dice un “no” absoluto y decisivo, que a veces hay que ponerlo, sino que plantea una condición: estar domesticado. Puede ser que el zorro admita jugar con el principito pero a condición de que acepte voluntariamente hacerlo. En esta hipótesis, el zorro convierte en fin propio el fin del principito y deja de ser indigno. Pero para llegar a este punto hay que pasar por un proceso.

El primer paso de este proceso es admitir que objetivamos a otro y que, al hacerlo, cometemos errores. El principito pide “perdón” que es el principal puente que tiende hacia el zorro. El poderoso no solo que admite estar equivocado sino también que se disculpa por la falta de respeto. Y esto sí que es sumamente difícil en la vida. Este cuento me ha enseñado lo importante del perdón en mi cotidianidad. No se imaginan cuánto me ha costado ofrecer disculpas a mis hijas cuando no he podido controlar mis iras y he gritado o golpeado la mesa; o más difícil aún, ofrecer disculpas a mis alumnos o alumnas cuando me he burlado en clase, he realizado una distinción injustificada o he hecho un chiste que les ha

parecido desagradable. Difícil, pero necesario. Si el principito no ofrecía perdón, muy seguramente seguía su camino en búsqueda de un amigo.²⁵

No decir “perdón” es señal de orgullo, de poder que no se quiere ceder, es no admitir que el otro ser es diferente que yo y que, como tal, puede tener otros fines; es, en otras palabras, persistir en mis fines y en no reconocer que utilicé o pretendí utilizar a los otros como medios.

—¿Qué significa “domesticar”?

—Tú no eres de aquí —dijo el zorro—. ¿Qué buscas?

—Busco a los hombres —dijo el principito—. ¿Qué significa “domesticar”?

—Los hombres —dijo el zorro— tienen escopetas y cazan. ¡Es muy fastidioso! También crían gallinas. Es su único interés. ¿Buscas gallinas?

—No —dijo el principito—. Busco amigos.

El poder, como lo describía Foucault, fluye.²⁶ El momento en que el zorro dijo “no” y el principito ofreció “perdón”, el poder se equilibró, pasó de un lado a otro. No es cierto que el poder está en una persona. ¿Qué pasa si a un presidente le deja de obedecer la población, como ha sucedido reiteradamente en Ecuador? ¿Qué pasa si los estudiantes dejan de asistir a una clase? ¿Qué pasa si los trabajadores dejan de trabajar? El poder se transfiere.

La relación entre el zorro y el principito es igualitaria. El zorro también pregunta y el principito quiere escuchar. El zorro averigua cuáles son los fines del principito y el principito quiere saber cuál es la fórmula para jugar con el zorro. Hay un interés mutuo y un serio esfuerzo por comprenderse el uno al otro. El zorro transparenta su percepción de los

25 Me acuerdo de una película denominada “Mi vida” (Bruce Joel Rubin, “My Life”, 1993, con Michael Keaton y Nicole Kidman) una película algo cursi, que trataba sobre la historia de un hombre a quien le diagnostican cáncer y que seguramente va a morir antes de que nazca su hijo, que se encuentra en el vientre de su esposa. Este decide contarle su historia de vida, mediante una filmación, para que su hijo sepa quién era su padre. En la filmación tiene que enfrentarse con su pasado y comprender sus relaciones tensas con su padre. Nada especial aparentemente, su padre trabajaba y le daba lo necesario. Pero el padre era severo y el hijo le tenía miedo, al punto que se escondía en un closet al escuchar los pasos de su padre. El problema se resuelve cuando el padre le ofrece perdón y el hijo lo acepta.

26 Foucault, Michel. *The history of sexuality. An introduction*, vol. I. New York, Vintage Books, 1990, “power do not cancel or turn back against one another; they seek out, overlap, and reinforce one another... never have there existed more centers of power”, pp. 48-49; “Power is everywhere; not because it embraces everything, but because it comes from everywhere”, p. 93.

seres humanos y busca saber si, como todos los cazadores, el principito también busca gallinas. Pero el principito también le transparentó su necesidad de encontrar amigos. De aquí en adelante el zorro le indicará al principito la forma de considerar sujetos a otros.

—¿Qué significa “domesticar”?

—Es algo demasiado olvidado —dijo el zorro—. Significa “crear lazos...”.

—¿Crear lazos?

—Claro —dijo el zorro—. Para mí, tú no eres todavía más que un niño parecido a cien mil niños. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro parecido a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, nos necesitaremos el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo...

En este pasaje encontramos una de las enseñanzas más importantes de la historia. Las personas débiles, en condición de vulnerabilidad, las no poderosas, las sometidas, las cazadas, las invisibles, las objetivadas, las demonizadas... tienen que enseñar.

Boaventura de Sousa Santos sostiene que en una relación de alteridad siempre el uno es ignorante en relación al otro y, al mismo tiempo, sabio.²⁷ No es como la relación lineal de progreso a la que nos acostumbró Hegel, en la que se puede comparar al desarrollo como una flecha, en cuya punta estaba el ideal de superación —y no casualmente—: Europa. El resto de continentes no teníamos historia y estábamos en estados primitivos, subdesarrollados, atrasados. Teníamos que seguir el mismo camino. Igual sucede en la relación entre dos culturas o dos personas. Podremos saber mucho sobre el idioma español, la literatura, la pintura, la religión occidental, pero poco sabemos sobre el quichua, las tradiciones orales, la cosmovisión y las ritualidades indígenas. En este sentido, puede suceder que seamos completamente ignorantes frente a los otros y viceversa. Pero lo que sería inconcebible considerar es el conocimiento desde una sola perspectiva, que solo cabría en una relación objetivada y, bajo ese patrón, considerar desde

27 Santos, Boaventura de Sousa. *De la mano de Alicia: lo social y lo político en la postmodernidad*. Bogotá, Siglo del Hombre Editores/Ediciones Uniandes/Universidad de los Andes, 1998, p. 122.

mi cultura como ignorantes a quienes no la conocen. Desde el punto de ignorancia, el mundo es una cantera de conocimiento. El principito está abierto a conocer el mundo del zorro y el zorro también en relación al principito. El principito tiene la humildad para preguntar y buscar, reiteradamente, respuestas que no las sabe.

La necesidad y el valor es lo que distingue unos seres humanos de otros. El momento en que se tiene conciencia de que el otro es necesario, se le valora (valorar en el sentido de cuidar, respetar y admirar). Si se siente que no se necesita y que, por tanto, no se valora, puede suceder que se descienda al otro, al plano de objeto o de invisible.

Cuando el padre o la madre tienen conciencia de que necesitan de sus hijos o hijas para ser tales, que el profesor podrá ser cualquier cosa menos maestro sin estudiantes, que los médicos no podrían ejercer su profesión sin personas enfermas, que los curas no podrían dar la misa sin feligreses, entonces valoraríamos a quienes consideramos que nos deben agradecer. A veces creemos que solo nosotros somos necesarios para los otros, que solo los otros deben valorarnos. Este es un error propio de relaciones que, Paulo Freire, llamaba antidialógicas.²⁸

La relación antidialógica sirve a la opresión y se caracteriza por cuatro elementos: la conquista, la división, la manipulación y la invasión cultural. Dominada la persona, se debe lograr una especie de amortiguamiento o estado de anestesia para poder manipular y asimilar a un modelo cultural.

—Empiezo a comprender —dijo el principito—. Hay una flor... Creo que me ha domesticado...

El principito se da cuenta de que ha tenido una relación con su rosa y que esta no ha sido valorada de forma adecuada. Tal vez el principito ha tenido una relación antidialógica y ha considerado a su rosa como un objeto. Pero nunca es tarde. A la distancia, comienza a valorar a su rosa y a darse cuenta de que es única. La misma relación, con las mismas personas, cobra otro sentido.

Pero el zorro volvió a su idea:

28 Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. Uruguay, Siglo XX Editores, 53ª ed., 2000, pp. 155-215.

—Mi vida es monótona. Yo cazo gallinas, los hombres me cazan a mí. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres se parecen. Por eso me aburro un poco. Pero si me domesticas, será como si mi vida se bañara de sol. Conoceré un ruido de pasos que será diferente de todos los otros. Los otros pasos me hacen meterme bajo tierra. El tuyo me llamará fuera del cubil, como una música. Además, fija-te: ¿Ves allá los campos de trigo? Yo no como pan. Para mí el trigo es inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada. ¡Y eso es muy triste! Pero tú tienes cabellos de color de oro. ¡Entonces, cuando me hayas domesticado, será maravilloso! El trigo, que es dorado, me traerá tu recuerdo. Y me gustará el rumor del viento en el trigo...

En este pasaje se establece la diferencia entre una relación en la que se considera objeto a una de las partes y las ventajas de tratarla como sujeto. *Saint-Exupéry* lo hace de una manera harto poética. La vida entre seres que son invisibles y objetos es monótona, aburrida, miedosa, sombría. En cambio, la vida entre seres que se valoran es como música y llena de luz. Me acuerdo, en el primer caso, como una pesadilla mi aprendizaje en la escuela, mis primeros años, cuando me enseñaron a escribir o mis clases de educación física. Todas las clases se parecían y lo mejor era esperar el sonido estruendoso de la sirena que marcaba el fin de la clase. Los profesores tenían una forma particular en hacerse temer; ejercían su autoridad por medio de gritos, reglazos cuando uno tenía mala letra, hacían conejo (levantar el cuerpo agarrando las orejas), entregaban las tareas escolares desde el que tenía la mejor nota hasta el que tenía la peor, que feo era ser humillado ante todos y recibir el cuaderno al final, con una nota en rojo y una reprimenda en público... Algo así debe haber sentido el zorro cuando escuchaba los pasos de los cazadores. En cambio, que maravilla recordar a esas personas que nos trataron bien, que nos valoraron, que nos hicieron reír, que nos enseñaron que la vida valía la pena vivir.

Los recuerdos... y de eso también nos habla el zorro. Sucede que mientras uno más envejece, más relevancia cobran los recuerdos. Hay un punto en la vida en que todo es recuerdo y ese momento es la vejez. En ese punto, los buenos recuerdos nos hacen sentir algo parecido al calor en el corazón y los malos recuerdos nos hacen sufrir. Póngase a pensar en su vida, y seguro podrá constatar que los buenos recuerdos tienen que ver con relaciones en las cuales nos trataron como sujetos y los malos recuerdos casi siempre,

en cambio, cuando nos trataron como objetos. Una de las dinámicas grupales que se solía hacer en los talleres cuando se trataba sobre la sensibilización en derechos de los niños, consistía en pedir que las personas cierran sus ojos y recuerden su infancia. Dramático era constatar el dolor a flor de piel del abandono, del abuso, de demonización o de la invisibilización; y también reconfortante era escuchar el cariño, el amor, la comprensión, la trascendencia de algunos seres que dejaron huellas positivas en otras. ¿De qué sirve tratar como sujetos de derechos a las personas? El zorro evoca el color del trigo con el recuerdo del pelo del principito. Sin el recuerdo del principito el trigo no significa nada. El recuerdo alimentará la autoestima del zorro, que fue valorado, único y necesario para el principito, y acudirá a él cada vez que necesite fuerza. Lo mismo le pasará al aviador de la historia, que es el mismo Saint-Exupéry, cuando el principito le diga, al final de la historia, que cuando mire las estrellas piense que en alguna de ellas hay un niño que ríe al ver atardeceres, cuidar su rosa y limpiar sus volcanes. De alguna manera, y esto en términos utilitaristas, tratar a otros como sujetos es una inversión que cobra sentido con el tiempo. Trascienden y nos dan alegría los buenos maestros, los jefes comprensivos, las personas que nos sonrieron y nos ayudaron, los padres y madres que supieron considerarnos y jugar con nosotros, los compañeros que fueron solidarios...

El zorro calló y miró largo tiempo al principito:

—¿Por favor... domesticame! —dijo.

—Como quieras —contestó el principito—, pero no tengo mucho tiempo. Tengo que encontrar amigos y conocer muchas cosas.

—Solo se conocen las cosas que se domestican —dijo el zorro—. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Compran cosas hechas a los vendedores. Pero como no existen vendedores de amigos, los hombres ya no tienen amigos. ¿Si quieres un amigo, domesticame!

—¿Qué hay que hacer? —dijo el principito.

—Hay que tener mucha paciencia —respondió el zorro—. Empezarás por sentarte un poco lejos de mí, así, en la hierba. Te miraré de reojo y no dirás nada. El lenguaje es fuente de malentendidos. Pero cada día podrás sentarte un poco más cerca...

El zorro usa dos herramientas poderosas: el silencio y la mirada; el lenguaje es fuente de malos entendidos. Nuestro mundo moderno suele ser, en cambio, muy ruidoso y carente de miradas. Ruido, mucho ruido.²⁹ Mirar a los ojos, que son ventanas del alma, son formas también muy poco usadas y muy potentes de comunicación. En esos momentos posiblemente el zorro no sabía cómo proponer ser amigo del principito o quizás estaba invitándole ya con la mirada. Pero el principito, acostumbrado como estaba a tratar como objetos a sus seres queridos, aún no entiende. Cree, como buen humano y antropocéntrico, que solo se puede ser amigo de seres humanos. Al final, cede y sin mucho convencimiento. Se abre a nuevas experiencias, que no suele suceder cuando nosotros tenemos una actitud de búsqueda y nos concentramos en objetivos preestablecidos,³⁰ y decidir intentar domesticar al zorro. El zorro, siempre enseñando, le reta a conocerle. Solo se valora y se necesita algo o a alguien cuando se le conoce.

El principito esgrime como excusa el recurso más escaso de nuestro sistema occidental de vida (por no decir capitalista o neoliberal): el tiempo. ¡No tiene tiempo! Y este es uno de nuestros peores males. Hacemos lo urgente y dejamos de hacer lo necesario. La vida es lo que pasa mientras nosotros hacemos cualquier otra cosa. No tenemos tiempo para jugar, para conversar, para detenernos en nuestro informe, para escuchar el drama que vive nuestro colega, para buscar el juguete que se le perdió a nuestra hija, para leer un cuento, para aparentemente no hacer nada, ¡porque tenemos que trabajar!

29 Ruido de ventanas.../ruido de tijeras/ruido de escaleras/ que se acaban por bajar.../Ruido de tenazas/ ruido de estaciones/ ruido de amenazas/ruido de escorpiones/Ruido de abogados/ruido compartido/ruido envenenado/demasiado ruido/Ruido platos rotos/ruido años perdidos/ruido viejas fotos/ ruido empedernido/Ruido de cristales/Ruido de gemidos/ruidos animales/contagioso ruido/Ruido mentiroso/ruido entrometido/ruido escandaloso/silencioso ruido/Ruido acompañado/ruido introvertido/ruido del pasado/descastado ruido/Ruido de conjuros/ruido maldicidomal nacido/ruido tan oscuro/puro y duro ruido. /Ruido qué me has hecho/ruido yo no he sido/ruido insatisfecho/ruido a qué has venido/Ruido como sables/Ruido enloquecido/ruido intolerable/ruido incomprendido/Ruido de frenazos/ruido sin sentido/ruido de arañazos/ruido, ruido, ruido/Mucho, mucho ruido, tanto, tanto ruido/ Tanto ruido y al final... la soledad... Sabina, Joaquín. "Ruido". *Esta boca es mía*, 1994.

30 Algo parecido le sucedió a *Siddhartha*, de Herman Hesse, que durante toda la novela está buscando y buscando, y en eso se pierde muchas experiencias que le ofrece la vida, hasta que, en cambio, al estar en actitud de encuentro, se abre a lo que le ofrece la vida.

El amor, lo esencial, la amistad, el ser y tratar como sujetos, no puede ser objeto de comercio ni entra en las relaciones económicas. La amistad no se vende ni se compra. En nuestro mundo, parecería que todo es objeto de comercio. Las propagandas nos anuncian que se puede conseguir la felicidad comprando una casa, la familia comprando una refrigeradora, la autoestima comprando cigarrillos, el *estatus* comprando un auto, la valentía comprando un traje de *Power Ranger*, la seguridad comprando una póliza privada de salud, la solución a lo imprevisto ahorrando en un banco... Pero el zorro es muy claro, no existen vendedores de amigos y por eso los seres humanos no los tenemos. Las relaciones se construyen y requieren de tiempo, por escaso que sea.

Hay una maravillosa novela de Michel Ende, cuya protagonista es una niña de la calle, que se llama *Momo*, que trata sobre el tiempo. En la novela hay unos personajes, que son los hombres grises, que solo fuman y son fríos, pasan convenciendo a la gente que tienen que ahorrar el tiempo en un banco. Así convencen a todos los del barrio menos a Momo, que comprendía el valor de la amistad y el amor. Los hombres grises sacaban una libreta y anotaban, en el día, cuánto tiempo se trabajaba y cuánto tiempo se perdía en relacionarse con los demás. El tiempo es oro, mientras más se trabaja más se acumula, y mientras más se conversa, se mira a los ojos, se “pierde” conociendo o domesticando a otros, menos se gana. El resultado fue que los padres ya no podían cuidar a sus hijos y los pusieron en guarderías, las personas no podían cuidar a sus ancianos y los pusieron en asilos... Momo ya no tenía con quién jugar. Al final, Momo se enfrenta a los hombres grises y mientras más despacio andaba, más avanzaba, junto con una tortuga, y logra liberar el tiempo de la gente, para que pierdan domesticándose unos a otros.

En el poco tiempo que se tiene, hay que tener paciencia. ¿Cuál es la diferencia entre tratar a un niño o niña que se vacuna como sujeto o como objeto cuando se tiene dos minutos, en un Centro de Salud, y hay decenas de niños o niñas que esperan? Mucha. Como objeto, llega el niño o niña, le desnudan la nalga o el brazo, le inyectan, se llena una cartilla y sale. Esto se puede hacer sin hablar palabra y sin proferir emoción alguna. Como sujeto, en los mismos dos minutos, puedo sonreír, preguntar como está, explicar para qué sirve la vacuna, prestar un muñequito, cantar una

canción, mimar, consolar... La diferencia es grande. Se puede pasar, al dirigirse a su escritorio, sin saludar a nadie y sentarse, o se puede saludar con una sonrisa, estrechando la mano y mirando a los ojos. Todo es cuestión de actitud frente a los otros: invisibles, objetos o sujetos, depende de nosotros.

Por último, las palabras son fuente de malos entendidos. Las palabras engañan. No hay nada más cierto como esa frase que dice que no importa lo que se dice sino cómo se dice. Durante todo el tiempo, el zorro hace un llamado a observar lo esencial, que, en este caso, trasciende las palabras (y más tarde en el cuento lo visible).

Al día siguiente volvió el principito.

—Hubiera sido mejor volver a la misma hora —dijo el zorro—. Si vienes, por ejemplo a las cuatro de la tarde, a partir de las tres empezaré a ser feliz. A medida que se acerque la hora me sentiré más feliz. Y a las cuatro, me agitaré y me inquietaré; ¡descubriré el precio de la felicidad! Pero si vienes en cualquier momento, no sabré nunca a qué hora vestirme el corazón... Los ritos son necesarios.

—¿Qué es un rito? —dijo el principito.

—También es algo demasiado olvidado —dijo el zorro—. Es lo que hace que un día sea diferente de los otros días, una hora de las otras horas. Por ejemplo, entre mis cazadores hay un rito. Los jueves bailan con las chicas del pueblo. ¡Entonces los jueves son días maravillosos! Voy a pasearme hasta la viña. Si los cazadores bailaran en cualquier momento, todos los días se parecerían y yo no tendría vacaciones.

En este pasaje encontramos dos ideas centrales: la correspondencia y el rito. En una relación dialógica, propia de sujetos de derechos, los derechos y las obligaciones son mutuos. El incumplimiento de una de ellas, conlleva a la decepción, a la objetivación, a la ruptura del compromiso. En esa lógica de los medios y los fines, uno se torna medio y deja de ser un fin. El corazón no se viste, dice el zorro. En cambio, el cumplimiento de obligaciones mutuas libremente asumidas conlleva a la felicidad. Qué maravillosa sensación es aquella del encuentro esperado, que nervios que da, particularmente cuando el encuentro se produce después del algún tiempo y con un ser querido. Así sucede también en la espera de un niño o niña deseados, en una cita entre novios, en la reunión de amigos de barrio o colegio. En la teoría de derechos hay un principio que se llama de

corresponsabilidad, que tiene que ser leído desde esta perspectiva, y no solo como fuente de obligaciones de uno de los lados de la relación.

En cuanto al rito, es efectivamente como dice el zorro, algo olvidado entre los seres humanos. Los ritos suelen ser pocos y distanciados en el tiempo. Algunas vidas transcurren siempre esperando determinados ritos marcados socialmente: el nacimiento, el bautizo, la entrada a la escuela, la graduación, el matrimonio, la jubilación, el velorio. En el medio, todo rutina, nada, el tedio, el aburrimiento. Lo peor es que cuando llega el día, estamos tan estresados y nerviosos que ni siquiera disfrutamos el evento. El zorro hace un llamado a hacer de la vida un rito cotidiano, para evitar que todos los días se parezcan y todas las conductas sean predecibles. Así se logra que el zorro sea *mi* zorro y el principito sea *mi* principito, y que el tiempo, por poco que sea, tenga sentido en tanto fuente de felicidad, tranquilidad, “ritualidad”.

Así, pues, el principito domesticó al zorro. Y cuando se acercó la hora de marcharse:

–¡Ah! –dijo el zorro–. ¡Lloraré!

–Tú tienes la culpa –dijo el principito–. Yo no quería hacerte daño, pero quisiste que te domesticara...

–Claro –dijo el zorro.

–Pero ¡vas a llorar! –dijo el principito.

–Claro –dijo el zorro.

–¡Entonces no sales ganando con todo esto!

–Si salgo ganando –dijo el zorro– por el color del trigo.

Luego añadió:

–Vete a ver las rosas otra vez. Comprenderás que la tuya es única en el mundo. Volverás para decirme adiós y te regalaré un secreto.

Todo es finito en la vida. Cuando la relación ha sido entre dos sujetos, la terminación siempre es dolorosa. Y la relación termina por la separación, por la distancia, por la muerte. ¿Vale la pena construir una relación sabiendo que tiene que terminar y producir dolor? Hay una historia maravillosa de Miguel Delibes, que se llama *La sombra del ciprés es alargada*, en la que el protagonista, que había sido abandonado por sus padres y abuelos en una pensión, logra hacer amistad de su compañero de cuarto, con quien siente por primera vez el amor, el cuidado, el respeto, el ser,

en suma, sujeto. Este muere repentinamente provocando un dolor insuperable. Para evitar sentir ese dolor, el protagonista decide no volver a tener una relación dialógica. Decide ser un hombre solo y evita crear vínculos. Busca trabajos, como el de marinero, para evitar el contacto con seres humanos. Hasta que, en un puerto, muchos años más tarde, se enamora. Y el dilema vuelve. ¿Crea vínculos, sabiendo que puede volver a sentir dolor, o no? Opta por domesticar y el día en que decide dejar el mar y la persona a la que decide domesticar le espera en puerto, ante sus ojos, sufre un accidente y muere con un hijo en su vientre. Al final el protagonista aprende que, aún por los pocos momentos de felicidad que tuvo, valió la pena construir una relación y sufrir la pérdida. El principito, siempre aprendiendo del zorro, no entiende todavía el valor de la relación y tampoco su relación con la rosa.

El zorro le insiste al principito en el valor inmenso del recuerdo. El color del trigo y su cabellera. El buen recuerdo, nutre, aviva emociones, pinta colores al presente. Y para que entienda lo que siente el zorro frente al principito, le hace experimentar al principito con su rosa. Sin duda una de las mejores formas de entender al otro es, como se dice, poniéndose en sus zapatos.

El principito se fue a ver la rosas otra vez:

—No os parecéis en nada a mi rosa, todavía no sois nada —les dijo—. Nadie os ha domesticado y no habéis domesticado a nadie. Sois como era antes mi zorro. No era más que un zorro parecido a otros cien mil zorros. Pero le hice mi amigo y ahora es único en el mundo.

Y las rosas se sentían muy molestas.

—Sois hermosas, pero estáis vacías —siguió diciéndoles—. No se puede morir por vosotras. Por supuesto, un transeúnte cualquiera creería que mi rosa se parece a vosotras, pero ella sola se sabe más importante que todas vosotras: porque yo la regué. Porque le maté las orugas (excepto dos o tres por lo de las mariposas). Porque le escuché quejarse o vanagloriarse, o incluso a veces callar. Porque es mi rosa.

Entonces el principito entendió al zorro al comprender su relación con la rosa. A las rosas le dice que son invisibles, que son unas más del montón, a pesar de ser bonitas. Las rosas por supuesto que se enojaron. A

nadie le gusta saber o sentirse objetos o invisibles. Así como son los seres humanos cuando somos transeúntes. Así incluso son nuestras apreciaciones culturales de otras culturas, solemos decir que todos los asiáticos son iguales, como decían en el *Planeta de los simios* de los seres humanos. Las rosas, como cualquier ser vivo, si no están en una relación dialógica, están vacías. De ahí la importancia de dejar de considerar a los seres humanos solo números, estadísticas, registros, clasificaciones.

Cuando hay relación como sujetos se puede hacer sacrificios, tan grandes que hasta se puede dar la vida. El principito se da cuenta de que su rosa, a pesar de ser caprichosa y vanidosa, es única. Todo lo que hizo por ella valió la pena. Y así son las relaciones, nadie afirma que la vida es como una película con final feliz (así como son las historias de Walt Disney en las que el matrimonio con el príncipe es el comienzo de la vida feliz). En el rito del diario vivir, la construcción de los vínculos no suele ser fácil. La rosa se queja, se vanagloria, no se comunica, sin embargo tiene sentido cuidarla, limpiarla, quererla, porque al final la rosa es única y necesaria para el principito y viceversa. El principito ya está recordando, como le sugirió el zorro, y está sintiendo el valor de ser sujetos.

Se ha construido, pues, en términos de Freire, una relación dialógica, caracterizada por la colaboración, la unión, la organización y la síntesis cultural.³¹

Y se dirigió otra vez hacia el zorro:

—Adiós —dijo.

—Adiós —dijo el zorro—. Este es mi secreto. Es muy sencillo: solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.

—Lo esencial es invisible a los ojos —repitió el principito para acordarse.

—El tiempo que perdiste con tu rosa hace que tu rosa sea tan importante.

—El tiempo que perdí con mi rosa... —dijo el principito para acordarse.

—Los hombres han olvidado esta verdad —dijo el zorro—. Pero tú no debes olvidarla. Te haces responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...

—Soy responsable de mi rosa... —repitió el principito para acordarse.

31 Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. Uruguay, Siglo XXI Editores, 2000, pp. 155-215-240.

En este último párrafo encontramos uno de los desafíos más grandes para el conocimiento. En nuestra cultura occidental nadie podría negar que el conocimiento se centra en la racionalidad y en la experimentación. Nos aproximamos al mundo por medio de los sentidos y damos valor de verdad lo que puede ser demostrado científicamente. Este conocimiento lamentablemente ha tenido consecuencias negativas en la forma de concebir la vida. En primer lugar despreciamos y hasta negamos otras formas de conocimiento y, en segundo lugar, nos separamos de la cosa o persona conocida.

El sentimiento, la fe, la magia, la tradición, los mitos y otras formas no racionales de aprehender la vida no cuentan. Solo lo que se percibe por medio de los sentidos y puede ser empíricamente demostrado tiene que ser creído. De ahí, nada extraño que el oficio racional sea más valorado que el manual. Se paga más a un gerente, a un ejecutivo, a un diseñador, a un ingeniero, a un abogado, que a quienes hacen labores manuales y de cuidado. El zorro invierte la carga tradicional de valoración, dice que lo más importante es imperceptible a lo experimentable y observable. El principito se refiere al corazón, a la emoción, al amor. Estas formas de aproximarse causan desconfianza y hasta burla en un ser racional. Me acuerdo que mi tesis doctoral, que trataba sobre la prisión preventiva, acababa con una frase de Tolstoi, sacada de su libro *Resurrección*. Y era que al final, el problema de la cárcel se resuelve con el amor, algo parecido de lo que sostendría Carnelutti en el libro *Las miserias del proceso penal*.³² Una profesora me dijo que sonaba bonito pero que el amor no era una categoría jurídica. Desde su perspectiva, sin duda, tenía razón. El problema está en que no es la única perspectiva.

“Las apariencias engañan”, reza un dicho popular. Y nuestra sociedad se nutre de los prejuicios y de los estereotipos. Juzgamos a la gente por lo que dicen nuestros ojos y a primera vista. Si tiene apariencia de malo, por el color de la piel, la condición social o la nacionalidad, entonces le cerramos las puertas para entablar una relación. Las personas no son lo que

32 Carnelutti afirma que el derecho tiene que ser un instrumento para la “civilidad”, entendida como la “capacidad de los hombres de amarse y, por eso, de vivir en paz”. En este contexto, para el jurista italiano, el proceso penal es un aspecto de la vida social que afecta a la civilidad. Carnelutti, Francesco. *Las miserias del proceso penal*. Bogotá, Editorial Temis, 1989, p. XI.

aparentan y lo que son solo se puede saber a través del corazón. Solo domesticando se puede conocer al otro.

El tiempo vuelve a ser un elemento importante. Las relaciones se construyen con tiempo y paciencia. Aparentemente, cuando se entablan relaciones, se pierde el tiempo, pero en el fondo se gana. En nuestra sociedad las labores de cuidado, que son las más esenciales, que se construyen con el corazón, son siempre despreciables. Lo triste del asunto es que cuando es muy tarde, nos damos cuenta de que valía la pena haber “perdido” el tiempo con nuestros seres queridos.

Finalmente, la cara complementaria de los derechos: la responsabilidad. El zorro le dice al principito que una vez domesticado, uno se hace responsable para siempre. En una relación entre sujetos los derechos son correlativos a las responsabilidades, de lo contrario estaríamos en una relación de objetos y de privilegios. La responsabilidad sintetiza toda la construcción de la relación dialógica: hay que evitar invisibilizar y objetivar, se requiere dedicar tiempo, paciencia con los caprichos y vanidades del otro, hay que respetar los compromisos, se debe ritualizar la relación, hay que valorar al otro, se debe conocer... solo así las personas seremos necesarias y únicas a las otras.

Sólo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.

IV. El adultocentrismo

Los *ismos* no suelen llamar la atención sobre relaciones que son desiguales y discriminatorias. Así, el *racismo* tiene que ver con un grupo racial que se considera superior a otro, el *sexismo*³³ con la relación de subordinación de las mujeres a los hombres, el *especismo*³⁴ de la actitud depredadora de la especie humana a otras especies de la naturaleza. El *adultocentrismo* es la

33 Véase Olsen, Frances. “El sexo del derecho”. Ávila Santamaría, Ramiro, Judith Salgado y Lola Valladares. *El género del derecho: ensayos críticos*. Quito, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, 2009, p. 141.

34 Singer, Peter. *Animal liberation. The definitive classic of the animal movement*. New York, Harper Perennial modern classics, 2009, p. 6.

relación de poder que ejercemos los adultos frente a los niños, niñas y adolescentes.

El principito es una fuente maravillosa para describir esa relación desigual entre niños y niñas con los adultos. De hecho, el protagonista es un niño y quien cuenta la historia es un adulto que, incesantemente, recuerda con cierta nostalgia y a ratos con dolor su niñez. El adultocentrismo aparece en varias circunstancias: cuando el autor describe sus relaciones de niño con otros adultos, y cuando el adulto autor se encuentra con el principito-niño. Al final, la estructura mediante la cual se convierte en objetos a los niños, niñas y adolescentes se llama adultocentrismo, y la lucha por ser sujetos de derechos tiene que ver con la eliminación de sociedades basadas en este y en todos los *ismos*.

Vamos a reflexionar, muy ligeramente, sobre las manifestaciones del adultocentrismo en *El principito*. De lo que se tratará es, ojalá, de vernos retratados en esas manifestaciones para tratar de no repetirlas o de no asumirlas como formas normales de relacionamiento.

La dedicatoria a León Werth abre el mundo que distingue a los niños y niñas de los adultos. El autor tiene que excusarse por dedicar un libro a una persona adulta, y de este modo marcar la diferencia entre un libro insensible al adultocentrismo y otro que pretende establecer pautas para evitarlo. Cuatro explicaciones ofrece: León es amigo, y en el contexto del libro quiere decir que está domesticado, entiende a los niños, tiene necesidades apremiantes (pasa hambre y frío, porque es un judío exiliado en pleno régimen fascista) y, por sobre todo, ha sido un niño.

Las personas adultas no entienden, necesitan explicaciones. Esta conclusión se llega después de comprobar la incapacidad de interpretar un dibujo, que representa a una boa comiéndose a un elefante, que los adultos siempre decían que era un sombrero. Como se ha visto, en el mundo dominante predomina la racionalidad y no se lee la vida mediante las emociones. Luego, hay un lado, que es fácilmente penetrable por los niños y niñas, que se va perdiendo poco a poco conforme nos vamos convirtiendo en adultos, que simplemente ya no tenemos capacidad de entender.

Las personas adultas somos serias y razonables. Aprendemos a tener poses y a aparentar. Podemos hablar con solvencia de deportes, política y corbatas. En cambio, los niños y niñas entran con facilidad en el mundo

de la fantasía y de la realidad, a veces casi sin distinguirlas, y la vida seguro debe ser más emocionante y menos aburrida.

Las personas adultas juzgamos según las apariencias. En la historia hay un famoso astrólogo hindú, que conocía muchas cosas, pero que no le creían por sus vestimentas, hasta que se puso un traje o terno, y todo el mundo le creyó. Un niño o niña, en cambio, juzga por las actitudes. Digamos que las personas adultas miran con los ojos y los niños y niñas con el corazón. La ropa, el auto, el barrio en que se vive, las marcas, la universidad en la que se estudia, las cosas que se comentan, el amor entra por los ojos... la verdad es que, en sociedades de consumo como las nuestras, somos tan superficiales.

Las personas adultas amamos las cifras. Recordemos que una de las formas de ocultar los rostros, las vidas, las personas de carne y hueso son las estadísticas. El principito afirma que los adultos no entienden cuando se habla de los colores o las sensaciones, sino que valoramos cuando ponemos números. Entonces, para valorar a alguien o a algo, tenemos que preguntar cuánto gana, qué edad tiene, cuántos años de experiencia, cuántos libros ha escrito, cuánto pesa, cuántos carros tiene, cuántos puntos ha obtenido...

Al viajar el principito por los siete planetas hace un retrato de las diferentes características que tenemos los adultos:

1. Autoritarios: el rey. Los adultos solo queremos mandar y las personas que nos rodean son súbditos, viven para cumplir órdenes. Esas personas que nos rodean, no casualmente siempre son niños y niñas. Tenemos que mandar o al menos creer que mandamos. El poder nos da autoestima y lo ejercemos frente a los más vulnerables que nos rodean.
2. Vanidosos: el vanidoso. Las personas adultas solo escuchamos lisonjas. A veces aprendemos a decir lo que quieren escuchar quienes tienen poder. Es tan fácil hacernos creer que somos lo mejor y lo más bello. Es como el cuento de Blancanieves, todos buscamos un espejo que nos diga que somos inigualables. Si no es un adulto, entonces los adultos de este estilo simplemente no escuchan.
3. Bebedores: el olvidado. En el tercer planeta está el borracho que bebe para olvidar. La borrachera no solo es de licor, sino de abundancia, de

hastío. Mediante la bebida, este huye de sí mismo. Y en la huída, no se encuentra con nadie. Así el trabajo (*workaholic*), el deporte, el juego, el placer y cualquiera de los múltiples vicios que ofrece nuestra sociedad.

4. Negociantes: el capitalista. Este está muy ocupado en contar sus pertenencias. Posee por poseer, aunque lo poseído no sea utilizado, como las estrellas que son dominio de este personaje, que no es útil para ellas y ellas son solo un número. A mí siempre me ha llamado la atención cuando publican las cifras de dólares que poseen las personas más ricas del mundo. No hay forma de gastar ese dinero y, sin embargo, se sigue acumulando en la misma proporción lo humanamente miserable.
5. Cumplidores: el trabajador. El farolero acepta sumisamente su tarea de prender y apagar faroles. Está aburrido pero tiene que cumplir el deber por el deber. Así somos muchos adultos, pasamos la vida trabajando en medio de la burocracia porque nos da seguridad y no tenemos ni buscamos otra alternativa. Sometiéndonos al trabajo nos sometemos nosotros mismos.
6. Formalistas: el geógrafo. Este registra todo lo que informan los exploradores, pero no le importa ni cómo son, ni cómo huelen, ni cómo se sienten los ríos, las montañas, los bosques. Este personaje me recordó esa frase que dice que el matemático puro es un burro puro (perdón a los burros, peor ahora en tiempos de derechos de los animales y de la naturaleza). Aquel que cultiva una ciencia y prescinde de la vida que le rodea, francamente está desequilibrado. A mí me suele pasar con el derecho y mi compañera, Eugenia, quien me suele recordar que tengo que leer libros de literatura, ir al teatro y ser menos jurista.
7. Domesticables: el aviador. Quien cuenta la historia, el mero Antoine de Saint-Exupéry, al principio es como cualquier adulto. Está concentrado en su avión dañado, le falta el agua, no tiene repuestos, que está en medio del desierto... por eso se desconcierta cuando aparece un niño al que le parece más importante un cordero que pueda comer una rosa o cualquier historia que pueda ser fantasía, como aquella de que el niño vive en un planeta muy lejano. Este se molesta cuando le desconcentra el principito, cuando le pregunta insistentemente hasta lograr una respuesta, cuando sonrío o cuando pide dibujar. Al final, como cualquier

ser humano, las personas adultas podemos recuperar nuestro niño o niña, que está ahí, en nuestro corazón, para poder ser domesticado.

En un mundo adultrocéntrico como el nuestro existen millones de personas que somos autoritarios, vanidosos, bebedores, negociantes, cumplidores, formalistas... millones. Lo que nos enseña el libro es que todo puede ser diferente si nos atrevemos a recuperar a nuestro niño o niña interior, si escuchamos, si nos dejamos domesticar.

Los adultos no sabemos lo que queremos (somos los típicos neuróticos de los que hablaba Freud), medimos el peligro y no nos atrevemos ni a caminar por las calles por el terror de la inseguridad ciudadana, apreciamos a quienes se comportan conforme exige el statu quo, y creemos que quienes se comportan como niños y niñas, siendo adultos, son locos o malcriados, y a veces hasta les encerramos y nos avergüenzan. Tampoco entendemos ni queremos entender lo diferente. Por ejemplo, el principito, de pronto llora, cuando recuerda a su rosa después de haber visto muchas de ellas en un jardín. Las lágrimas son un misterio tan insondable y los niños y niñas pueden pasar, con facilidad, del llanto a la risa, como lo hace el principito, sin que los adultos podamos comprender. En ese misterio los adultos, lamentablemente, no penetramos.

Los niños y niñas, al igual que todo ser que no ha sido escuchado histórica y tradicionalmente por quienes detentamos poder, tienen mucho que enseñar y nosotros mucho que aprender. Quizá la respuesta para un mundo más justo, menos excluyente, más solidario precisamente esté en, humildemente, aceptar que podemos aprender de los otros.

Afortunadamente el mundo no es blanco o negro y esto quiere decir que no todas las personas adultas son como las hemos descrito. Todos y todas tenemos algo de esos personajes que habitan los planetas. Pero eso no niega que la cultura dominante es adultocéntrica. Tampoco quisiera caer en la ingenuidad de que todos los niños y niñas son como el principito, hay algunos que aprenden tan rápido a ser adultos que son irreconocibles, pero si uno mira con atención y con el corazón atrás siempre hay un niño o niña que espera ser domesticado.

La gran enseñanza de la historia es que todos fuimos niños o niñas y, por tanto, todos podemos ser domesticados. En la historia de Gonzalo

Moure, el personaje, un oso cazado, que tenía la habilidad de leer en los ojos de los niños, se enfrenta a los ojos del cazador: “Conocía muy bien esos ojos, y verlos allí, sobre él, le hizo temblar, en el fondo de la jaula... Pero luego se fue acercando a ellos. Intentó leer, pero no podía. Los ojos de los adultos no son tan tiernos y sinceros como los de los niños, o eso le pareció... Entonces he visto que de sus ojos caía una lágrima... sus ojos, ablandados por las lágrimas, ya no eran tan duros como antes (...)”. Al final el adulto recupera su alma de niño.³⁵ Es decir, nunca hay que perder la esperanza por un mundo mejor, en el que las palabras acabadas con *ismos*, desaparezcan.

Qué difícil debe ser para un niño o niña vivir en este mundo lleno de adultos que lo copan todo. Por ello el principito afirma que los niños y niñas tienen que ser tan indulgentes.

Para no ser pesado y muy autobiográfico, en un libro tan serio de doctrina jurídica escrito para adultos, no mencioné a mis hijas, Manuela y Nina, y a mi compañera María Eugenia, mi rosa, que sin duda han estado presentes en cada viaje, en cada palabra, en cada pregunta, en cada reproche y en cada aprendizaje del principito. Ya me encantaría tener esa actitud que tuvo el principito frente al zorro, o en general que tienen los niños y niñas frente a los adultos, pero lo intentamos con María Eugenia aunque a veces nos cuesta tanto dejar de ser racionales y transformar nuestros roles en este mundo adultocéntrico. La vida nos dirá si el recuerdo que tengan de la infancia Nina y Manuela será como para el zorro el campo de trigo o como para el aviador las estrellas que ríen en la noche.

35 Moure, Gonzalo. *El oso que leía niños*. Madrid, Ediciones S.M., 2000, pp. 53-54.

V. Bibliografía

- Alston, Philip. *International Human Rights in context. Law Politics and Morals*. Oxford University Press, 2ª. ed., 2000.
- Ariés, Philippe. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid, Editorial Taurus, 1987.
- Ávila Santamaría, Ramiro. *Módulos de capacitación*. Quito, Consejo Nacional de la Niñez y Adolescencia, 2008.
- Ayala, Mora, Enrique. *Nueva Historia del Ecuador*. Quito, 1999.
- Carnelutti, Francesco. *Las miserias del proceso penal*. Bogotá, Editorial Temis, 1989.
- Carrión, Fernando. “La violencia latinoamericana”. Internet. http://www.flacso.org.ec/docs/ffc_violencialatino.pdf. Acceso: 23 abril 2010.
- Delibes, Miguel. *La sombra del ciprés es alargada*.
- Ende, Michel. *Momo*. Madrid, Alfaguara, 2002.
- Foucault, Michel. *The history of sexuality. An introduction*, vol. I. New York Vintage Books, 1990.
- Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. Uruguay, Siglo XX Editores, 53ª ed. 2000.
- Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. México, Siglo XXI Editores, 2001.
- Gudynas, Eduardo. *El mandato ecológico. Derechos de la naturaleza y políticas ambientales en la nueva Constitución*. Quito, Abya-Yala, 2009.
- Hesse, Herman. *Siddhartha*.
- Kant, Immanuel. “The doctrine of virtue”. *Metaphysics of morals*.
- Londoño, Jenny. *Las mujeres en la independencia*.
- Montero, Rosa. “George Sand: La plenitud”. *Historia de mujeres*. Madrid, Santillana Ediciones, 2007.
- Moure, Gonzalo. *El oso que leía niños*. Madrid, Ediciones S.M, 2000.
- OIT. “Ficha país Ecuador: situación y avances sobre el trabajo infantil”. Internet. <http://white.oit.org.pe/ipecl/documentos/fichaecuador.pdf>. Acceso: 23 abril 2010.
- Olsen, Frances. “El sexo del derecho”. *El género del derecho: ensayos críticos*. Eds. Ramiro Ávila Santamaría, Judith Salgado y Lola Valladares Valladares. Quito, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, 2009.

- Saint-Exupéry, Antoine de. *El Principito-Le Petit Prince*. Trad. Joëlle Eyhéramonno. Barcelona, Enrique Sainz Editores S.A., 1994.
- Santos, Boaventura de Sousa. *De la mano de Alicia: lo social y lo político en la postmodernidad*. Bogotá, Siglo del Hombre Editores/Ediciones Uniandes/Universidad de los Andes, 1998.
- Saramago, José. *El evangelio según Jesucristo*. Madrid, Alfaguara, 2010.
- Scott, James. *Domination and the arts of resistance*. Yale University Press, 1990.
- Simon, Farith. *Derechos de la niñez y adolescencia: la Convención sobre los Derechos del Niño a las legislaciones integrales*, t. I. Quito, Editora Jurídica Cevallos, 2008.
- Singer, Peter. *Animal liberation. The definitive classic of the animal movement*. Harper Perennial modern classics, 2009.
- Tolstoi, León. *Resurrección*. Barcelona, 2008.
- Unicef. “Ecuador-Panorama general”. Internet. <http://www.unicef.org/ecuador/overview.html>. Acceso: 23 abril 2010.
- Vilhena Vieira, Oscar. “Desigualdad y Estado de Derecho”. *Sur Revista Internacional de derechos humanos*. (São Paulo) 6, 2007.
- Zaffaroni, Eugenio Raúl. *Muertes anunciadas*, 1993.
- . “The right to life and Latin American Systems”. Internet. www.jstor.org/stable. Acceso: 23 abril 2010.
- Zinn, Howard. *People History of United States 1492-Present*, 1998. Perennial Classic, 1998.